

LITERATURA, RELIGIÓN Y POLÍTICA EN LA FRANCIA DEL SIGLO XIX: AUGUSTO COMTE

POR

ESTANISLAO CANTERO

Augusto Comte (1798-1857), según su propio testimonio, procedía de una familia eminentemente católica y monárquica (1) —sus padres contrajeron matrimonio canónico clandestinamente durante la Revolución (2)—, nació en el catolicismo (3) y siendo aún adolescente sintió la necesidad de una “regeneración universal tanto filosófica como política” (4), de tal modo que “ya no cree en Dios, cree en la libertad” (5): “desde los catorce años, escribe a su padre el 26 de enero de 1857, deje naturalmente de creer en Dios” (6).

Tras terminar sus estudios en el liceo de Montpellier, que consideró un “funesto encierro escolástico” (7), a los dieciséis años ingresó en la Escuela Politécnica, lo que muestra su gran precocidad. Comte, que hasta entonces sólo había conocido las mujeres

(1) Auguste COMTE, *Cours de Philosophie Positive*, tomo VI, Anthropos, París, 1969, pág. IX.

(2) Henri GOUHIER, *La vie d'Auguste Comte*, Librairie Gallimard, París, 3ª ed., 1931, pág. 36.

(3) A. COMTE, *Cours de Philosophie Positive*, tomo V, Anthropos, París, 1968, pág. 261, nota.

(4) A. COMTE, *Cours...*, tomo VI, ed. cit., pág. IX.

(5) Henri GOUHIER, *La vie d'Auguste Comte*, Librairie Gallimard, París, 3ª ed., 1931, pág. 42.

(6) Citado por Andrés JIMÉNEZ ABAD, *El concepto de hombre en la doctrina de la educación de Augusto Comte*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2001, pág. 26, nota 3.

(7) A. COMTE, *Système de Politique Positive ou Traité de Sociologie instituant la religion de l'Humanité*, Otto Zeller, Osnabrück, 1967, tomo I, pág. 8.

de la galería Valois, en 1818 conoció a Pauline, joven de veinticinco años, casada y a la que convirtió en su amante y con la que tuvo una hija ese mismo año (8). En 1824 conoce a Caroline Massin, una prostituta con la que, tras unos meses de vida en común, contrae matrimonio ese mismo año, separándose en 1842 (9). En octubre de 1844 conoce a Clotilde de Vaux —quince años más joven que él y hermana de su amigo Maximilien Marie, y cuyo marido, Amedée de Vaux, la abandonó al huir a Bélgica a consecuencia de un proceso por deudas contraídas en el juego (10)—, de la que se enamoró poco después y cuya pasión, finalmente correspondida, no pasó de la amistad, al morir ella en abril de 1846. Esa mezcla de pasión y de adoración hacia ella fue el desencadenante y el símbolo de su *religión* positiva, aunque no fue algo novedoso en su pensamiento pues ya estaba contenido y anunciado, en ciernes, en su obra anterior, como, entre nosotros, Petit (11) —para el que no hay dos Comtes diferentes, sino continuidad en su obra, con etapas específicas expositivas de su pensamiento y preparatorias de las sucesivas—, o Jiménez Abad (12), han mostrado con claridad.

Estudiante durante dos años en la Politécnica, la cual tuvo que abandonar al cerrarse aquella temporalmente en 1816 por orden gubernamental, no reingresó cuando se volvió a abrir; fue profesor “repetidor” de matemáticas y “examinador” para el ingreso en la Politécnica y profesor de clases particulares; nunca consiguió que se le reconocieran sus méritos y se le diera la cátedra a la que aspiró, fracaso, probablemente injusto, pues, sin duda, gente de menor relieve que la suya se había abierto camino en la universidad, lo que no digirió nunca (13). Secretario y discípulo de Saint-Simon desde 1817, en que sustituyó a Augustin Thierry,

(8) Véase la correspondencia que cita H. GOUHIER, *La vie d'Auguste Comte*, ed. cit., págs. 82, 85 y 96.

(9) H. GOUHIER, *La vie d'Auguste Comte*, ed. cit., págs. 136-137, 141 y 198.

(10) H. GOUHIER, *La vie d'Auguste Comte*, ed. cit., págs. 224-226.

(11) José María PETIT SULLÁ, *Filosofía, política y religión en Augusto Comte*, Acervo, Barcelona, 1978, pág. 108 y *passim*.

(12) A. JIMÉNEZ ABAD, *El concepto de hombre...*, ed. cit., *passim*.

(13) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo VI, págs. XIII-XXII y XXIV-XXXVI.

hasta 1824 en que riñó con él, bien a causa de divergencias doctrinales (14), bien porque creyera que Saint-Simon quería apropiarse de su gloria (15). Aunque se seguirá discutiendo si hubo o no influencia de Saint-Simon (16) sobre Comte, es absurdo negarla, no sólo porque la lectura comparada de ambos así lo demuestra, sino porque además, el mismo Comte la admitió, aunque, después de la ruptura la negara.

Su vida fue de gran modestia material hasta el punto que tuvo que vivir del auxilio de sus amigos ingleses —propiciado por Stuart Mill— y de una suscripción organizada por Littré (17). Es comúnmente conocido como fundador del positivismo (18) y, también, aunque en menor medida, como padre de la sociología (19).

¿Cómo perdió la fe? Como quiera que fuera, abandonó la religión católica y desde muy joven se consideró investido por la humanidad de una misión especial, a la que luego aludiré, por la que se propuso innovar la filosofía, la política, la moral y la religión de su tiempo, como un nuevo pontífice de la humanidad.

Comte, que ha sido muy poco leído en su integridad, debido a lo pesado de su estilo, a cierta falta de claridad motivada por circunloquios y repeticiones continuas, así como a ciertas contradicciones, y a que parte de sus afirmaciones no eran admisibles para muchos de sus contemporáneos al rechazar la vigencia de los principios revolucionarios de 1789 —sus libros fueron objeto durante mucho tiempo de un sistemático silencio en los comentarios de

(14) Emile LITTRÉ, *Auguste Comte et la Philosophie Positive*, Librairie Hachette et Cie., París, 1863, págs. 13-31.

(15) Maxime LEROY, *La vie du comte de Saint-Simon*, Librairie Grasset, París, 1925, pág. 297.

(16) De Saint-Simon me ocupé en Estanislao CANTERO, "Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Saint-Simon", *Verbo*, núm. 441-442, enero-febrero 2006, págs. 101-114.

(17) A. COMTE, *Synthèse subjective ou Systeme Universel des conceptions propres a l'état normal de l'Humanité*, Anthropos, París, 1971, tomo I, pág. XXXIII.

(18) Teófilo URDANOZ, O.P., *Historia de la Filosofía*, BAC, Madrid, 1975, vol. V, pág. 106

(19) Kenneth THOMPSON, *Auguste Comte. The Foundation of Sociology* (1976), trad. esp. *Augusto Comte. Los fundamentos de la sociología*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, pág. 20 y sigs.

las revistas, de lo que no dejó de quejarse (20), hasta que en 1844 apareció en escena Littré—, sigue siendo conceptualizado de modo muy diverso y clasificado en las más variadas corrientes de pensamiento, que van de uno a otro extremo: revolucionario para unos y contrarrevolucionario para otros.

Su sistema es absolutamente contrario e incompatible con la religión católica; por ello, es erróneo todo juicio que pretenda ver que con su doctrina “recupera una visión integrista del catolicismo” (21), que vaya más allá de una mera valoración positiva del catolicismo hasta la Edad Media. Comte consideró al catolicismo acabado y se encargó de combatirlo con su “filosofía positiva”; no recuperó nada sino que se propuso sustituirlo. Igualmente, tampoco es correcto afirmar, sin duda debido a su crítica a la Revolución, que su filosofía “se sitúa conscientemente en la línea contrarrevolucionaria que sigue a 1789” (22). Ambas afirmaciones son incompatibles con “la ley de los tres estados”, la tesis principal y más fundamental del pensamiento de Comte, según lo indicó reiteradamente. Para Comte tanto el catolicismo como la Revolución de 1789 fueron hechos, inevitables y necesarios, fruto de “leyes naturales invariables”, para que pudiera surgir el estado positivo, el último estado de la humanidad, la filosofía positiva. Su crítica a los principios revolucionarios obedece, fundamentalmente, a que su finalidad no era otra, desde el inicio del “espíritu metafísico”, que destruir “el estado teológico” anterior, y ser etapa provisional y transitoria para el estado siguiente, por lo que, agotados ya, tanto “el espíritu teológico” como el metafísico, no tenían razón de ser aquellos principios revolucionarios. Pero sin compartir buena parte de tales principios, indicando sus “aberraciones”, su filosofía no fue menos revolucionaria: No sólo no pretendió una restauración borbónica ni tampoco del catolicismo

(20) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo VI, pág. XXII; *Système...*, ed. cit., tomo I, prólogo, pág. 22.

(21) Así lo afirma René VERDENAL, “La filosofía positiva de Augusto Comte”, en François CHATELET (Dir.), *Histoire de la Philosophie. Idées, doctrines*, trad. esp., *Historia de la Filosofía. Ideas, doctrinas*, Espasa Calpe, Madrid, 1984, 4ª ed., (págs. 217-251), pág. 234.

(22) R. VERDENAL, “La filosofía positiva de Augusto Comte”, ed. cit., pág. 219.

—los dos únicos criterios que, combinados o no, podrían calificarle de contrarrevolucionario— sino que propugnó una organización social, política y religiosa, nueva, contraria a la monarquía legítima, a la religión católica y a la Iglesia: una república dictatorial sin sufragio universal, “una república positivista, cuyo lazo sistemático será más completo y duradero que el de la república católica en la Edad Media” (23).

Comte pretendió haber hecho un gran descubrimiento que formuló, por primera vez, en 1822, la ley de los tres estados, conforme a la cual “todos los campos del conocimiento han pasado por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico o ficticio; el estado metafísico o abstracto y el estado científico o positivo” (24). Dicha ley supone que “la filosofía positiva es el verdadero estado definitivo de la inteligencia humana” (25). Tal “ley fundamental”, como la califica continuamente, implica el rechazo de la religión católica, que había cumplido su papel transitorio de suprimir el politeísmo y propiciar la futura aparición del estado metafísico: “el catolicismo sirvió de órgano general para el desarrollo de la razón humana”, “pero era insuficiente” (26); fue bueno en la Edad Media por su organización política y, sobre todo, moral (27); era un régimen transitorio (28), que entró en decadencia y asumió posteriormente una postura retrógrada al no haber asimilado el movimiento intelectual (29); “el catolicismo se ha vuelto extraño a la sociedad actual, donde no puede figurar más que a título de impresionante ruina histórica” (30); “los más grandes esfuerzos místicos del éxtasis teológico (...) no han llegado más que a la simple representación de una especie de idiotismo trascendente, eter-

(23) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme* (1848), presentación, notas y cronología de Annie Petit, GF Flammarion, París, 1998, pág. 118.

(24) A. COMTE, *Cours de Philosophie Positive*, Rouen Frères, Libraires-Éditeurs, París, 1830, tomo I, pág. 3.

(25) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo I, pág. 12.

(26) A. COMTE, *Cours de Philosophie Positive*, Anthropos, París, 1969, tomo IV, págs. 184-185 y 185.

(27) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo V, págs. 242, 268, 274 y *passim*.

(28) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo V, pág. 388.

(29) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo V, pág. 368.

(30) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo VI, pág. 358.

namente absorbido por una contemplación vana y casi estúpida de la majestad divina” (31). Como síntesis de su anticatolicismo y, también de su ateísmo, del que pretendió defenderse arguyendo que el ateo no era más que otro metafísico (32) —cuando, realmente su aversión a Dios era profunda, aintiteísta, como ha mostrado Riezu (33)—, esta idea que subyace en toda su obra: en la Edad Media, “Dios usurpaba el lugar de la Humanidad” (34).

Congruentemente con su relativismo juvenil, pues ya en 1818 escribe estar “persuadido de que no hay nada absoluto” (35), en el *Cours* indica que “el carácter puramente relativo de nuestros conocimientos”, determina que “nuestras teorías sociales estarán únicamente destinadas a constituir, hacia una realidad que nunca será absolutamente desvelada, aproximaciones tan satisfactorias como las que puedan proporcionar, en cada época, el estado correspondiente de la gran evolución humana” (36).

Junto a la ley de los tres estados, parte Comte de “la marcha progresiva del espíritu humano” (37), del “desarrollo integral y continuo de la humanidad civilizada” (38), que a juicio de algunos autores, como Marvin, “es la idea madre de toda su vida y de todo su sistema”, “la idea angular de su filosofía”, “el principio cardinal de la filosofía” (39). Así mismo asienta Comte su sistema en que sólo la observación de los hechos permite elevarse al conocimiento de las leyes lógicas (40); en que, aunque hay que tomar los hechos observados como base de toda especulación, la ciencia se compone de leyes y no de hechos, por lo que las relaciones entre ellos precisan una elaboración racional más allá de la expe-

(31) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, págs. 439-440.

(32) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., págs. 86-89.

(33) Jorge RIEZU, *La concepción moral en el sistema de Augusto Comte*, Universidad de Granada, Granada, 1981, pág. 167.

(34) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 292.

(35) H. GOUHIER, *La vie d'Auguste Comte*, ed. cit., pág. 110.

(36) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo VI, págs. 791-792.

(37) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo I, pág. 2.

(38) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 261; cfr., pág. 290.

(39) Francis Sidney MARVIN, *Comte. The Founder of Sociology* (1937), trad. esp., *Comte*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, págs. 36 y 37.

(40) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo I, pág. 33.

rimental (41); y en que la sociedad está sometida a un orden natural que se rige por leyes naturales invariables pero modificables: “en el estado positivo, el espíritu humano reconoce la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y el destino del universo y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para dedicarse únicamente a descubrir, mediante el uso combinado del razonamiento y la observación, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y similitud” (42); “el carácter fundamental de la filosofía positiva es mirar todos los fenómenos como sujetos a *leyes* naturales invariables (...) considerando absolutamente inaccesible y carente de sentido la búsqueda de lo que se llama *las causas*, tanto primeras como finales” (43).

La filosofía positiva ha de dedicarse “a la mera investigación de las *leyes*, es decir, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados” (44). La palabra *positivo*, como opuesta a negativo, se explica por los calificativos que le son propios: lo *real* por oposición a lo quimérico, lo *útil* en contraste con lo inútil, lo *cierto* frente a la duda o a la indecisión, lo *preciso* frente a lo vago o impreciso, lo *orgánico* como opuesto a la falta de sistematización y a lo puramente crítico, lo *relativo* por oposición a lo absoluto (45), a lo que, más tarde, añadirá lo *simpático* (46), que más comunmente denominará altruismo.

Para Comte, “la noción de leyes naturales entraña la idea de un cierto orden espontáneo ligado a la idea de armonía” (47), que por su complejidad es imperfecto y modificable por la acción humana (48); “un orden espontáneo esencialmente independiente de nosotros (...) en el que nuestra intervención no podrá ejer-

(41) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo VI, pág. 647.

(42) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo I, págs. 4-5.

(43) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo I, pág. 14.

(44) A. COMTE, *Discours sur l'esprit positif*, cronología, introducción y notas de Annie Petit, Librairie Philosophique J. Vrin, París, 2003, pág. 66.

(45) A. COMTE, *Discours sur l'esprit positif*, ed. cit., págs. 120-126; *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., págs. 96-97.

(46) A. COMTE, *Appel aux conservateurs*, Imprenta de E. Thurnot, París, 1855, pág. 17.

(47) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 274.

(48) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, págs. 275-276.

cer más que modificaciones sencillamente secundarias, aunque infinitamente preciosas" (49); "se trata de contemplar el orden para perfeccionarlo convenientemente, nunca de crearlo, pues sería imposible" (50), sin olvidar que hay que "concebir siempre los fenómenos sociales como inevitablemente sujetos a verdaderas leyes naturales" (51).

El error de base era fraglante, pues la ley de los tres estados no era *ley* de ningún modo. "Considerar cada uno de los tres estados sucesivos como resultado necesario del precedente y motor indispensable del siguiente" (52), prescindiendo de que su caracterización era errónea, no es más que pura cronología; establecer que el objeto de la ciencia es "descubrir las leyes constantes que rigen tal continuidad y cuyo conjunto determina el nacimiento fundamental del desarrollo humano" (53), una pretensión imposible; y asegurar que el tercer estado es el definitivo de la humanidad, "completamente arbitrario" (54). No se trataba de demostración empírica, sino de creencia, de conjetura, de imaginación. Su, más que crítica, benévola expositora, Grange, indica que tal ley "es una convención pero, también, un *dogma*, el objeto de una fe tanto como el de un conocimiento" (55). Y fe y conocimiento, en el sentido positivista, son excluyentes entre sí.

La obra de Comte, especialmente en el quinto volumen de su *Cours*, dedicado a *la parte histórica de la filosofía social*, es decir, a explicar la ley de los tres estados en la historia, esta cuajada de las expresiones *inevitable e indispensable*, junto a la de *espontánea* —que alude más a lo involuntario y automático que a lo pensado

(49) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo VI, pág. 792.

(50) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 278.

(51) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 253.

(52) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 292; *Discurs sur l'esprit positif*, ed. cit., pág. 159.

(53) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 292.

(54) Estas críticas ya las indicó Durkheim (Emile DURKHEIM, *Las reglas del método sociológico*, Akal, Madrid, 3ª ed., 1991, pág. 127).

(55) Juliette GRANGE, *La philosophie d'Auguste Comte. Science, politique, religion*, PUF, París, 1996, pág. 249.

y voluntario (56)—. El determinismo es patente en la explicación de los acontecimientos correspondientes a los estados teológico y metafísico que llevarán al científico o positivo. Para éste, aún no completamente establecido, y para justificar su reforma, es preciso permitir que la acción del hombre pueda influir en el curso de los acontecimientos. De ahí que, pretendiendo salir al paso de tal objeción, indicara que “sólo una mala interpretación de la filosofía natural podría confundir la subordinación de cualquier acontecimiento a leyes invariables, con un irresistible cumplimiento necesario” (57), arguyendo que, puesto que “los fenómenos más complejos y particulares [como son los sociales] dependen de un conjunto confluyente de fuerzas distintas e independientes, por ello mismo, son más modificables, o, en otros términos, su cumplimiento es menos irresistible” (58). Pero sea o no menos irresistible la producción del fenómeno en cuestión, de acuerdo con la doctrina de Comte, no dejarán de aparecer otro u otros fenómenos, diferentes en cuanto las fuerzas confluyentes hayan sido diversas, pero no por ello, será, ese fenómeno menos irresistible. Comte consideró, erróneamente, que el entonces principio científico conforme al cual “bajo la influencia de condiciones similares los fenómenos son idénticos, tanto en genero como en grado” (59), era aplicable a la sociedad. Comte supone que todo lo ocurrido ha sido inevitable, pero no puede probarlo y se pierde en circunloquios sin llegar a una respuesta cabal. Que un hecho haya ocurrido sólo prueba que sucedió, pero no que tuviera que ocurrir. Su determinismo, base fundamental para justificar el establecimiento del estado científico, no le permitió, en absoluto, predecir el futuro más inmediato.

La ley del desarrollo progresivo de la humanidad tiene como derivadas otras dos leyes naturales: la del “desarrollo contínuo del espíritu científico” (60) y la del “desarrollo contínuo de la natura-

(56) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo V, págs. 404-458 y *passim*; también *irresistible*, *Cours*, ed. cit., tomo VI, págs. 284-286.

(57) A. COMTE, *Cours...*, Anthropos, París, 1968, tomo III, pág. 642.

(58) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo III, pág. 643; véase *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., págs. 93-96.

(59) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo III, pág. 325.

(60) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 297.

leza humana en todos sus aspectos”(61), incluida la naturaleza moral del hombre (62).

Comte fue especialmente crítico con el espíritu metafísico y con la Revolución (63), al estimar que su función no era creativa sino crítica, y que aunque necesario para suprimir el espíritu teológico y preparar el científico, estaba incapacitado para una reconstrucción (64). Entre sus rechazos se encuentran los derechos del hombre, de origen metafísico, que son sustituidos por los deberes (65). Con todo, no faltan elogios al “gran acontecimiento” y, especialmente, a la Convención (66), sin duda porque “la elaboración decisiva de la doctrina regeneradora, lejos de poder preceder a la sacudida revolucionaria, no era posible más que bajo su impulso” (67).

El desorden social y político y la agitación continua en que vivía Francia lo atribuía a la pugna entre ambos principios, uno retrogrado y otro anárquico, ambos inaptos para establecer el orden, aunque ambos eran necesarios para impedir el triunfo del uno sobre el otro (68). Convencido de que “las ideas gobiernan y trastornan el mundo” (69), creía que el mal procedía de “la anarquía intelectual” “origen de la anarquía moral y política” (70), por lo que era necesario establecer una doctrina científica común —la física o filosofía social, más tarde llamada sociología— que implicaba, necesariamente, una moral universal, también científica-

(61) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 304.

(62) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 308.

(63) Véase Annie PEIT, “La fin positiviste de la Révolution”, en Christian CROISILLE y Jean EHRARD, *La Légende de la Révolution*. Actes du colloque international de Clermont-Ferrand (junio 1986), Faculté des Lettres et Sciences Humaines de l'Université Blaise-Pascal (Clermont II) - Centre de recherches révolutionnaires et romantiques, Clermont-Ferrand, 1988, págs. 509-540.

(64) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, págs. 28-29, 58-63.

(65) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo VI, pág. 480; *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., págs. 385-386; *Système...*, ed. cit., tomo II, pág. 103.

(66) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., págs. 104, 126, 146, 168, 253, 367.

(67) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 106.

(68) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 85.

(69) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo I, pág. 48.

(70) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 3.

mente demostrada. Comte defiende “la subordinación de la política a la moral” (71), por lo que en la jerarquía de las ciencias establecida por Comte en otra de sus leyes —contrariamente a lo que han sostenido algunos intérpretes, tanto impugnadores (72) como partidarios (73) de su sistema, que sustentan su opinión en la existencia de un segundo Comte, sino opuesto, al menos diferente al primero—, la moral estará por encima de la sociología, único modo de cerrar el sistema comteano; moral que es tan sólo social: “la moral consiste en hacer prevalecer los instintos simpáticos sobre los impulsos egoístas, la sociabilidad sobre la personalidad”, como corresponde a un principio biológico característico de un “organismo social” (74). La coronación de ese orden la constituía la *religión* positiva. De ese modo se haría realidad el binomio *orden y progreso*, recíprocamente condicionados (75). Para tal empeño intentó su realización práctica a través de un periodo de transición al positivismo, proponiendo unas líneas de actuación a los conservadores, fueran o no republicanos, en su *Appel aux conservateurs*.

Esa *moral* que Comte tanto se esforzó en proclamar y en probar —aunque no encerraba más que un dogmatismo acientífico—, no era en absoluto personal, sino sólo social, como puede verse bien expuesto en la obra de Riezu (76). Comte la consideraba muy superior a la moral católica a la que le reprochaba ser insuficiente, porque al ser su finalidad la salvación personal, era una moral egoísta —con lo que no expresaba más que ignorancia o mala voluntad, puesto que el amor al prójimo como a uno mismo

(71) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 122.

(72) Así, entre nosotros, FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, *Tratado de Filosofía del Derecho*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1974, tomo I, pág. 344.

(73) KENNETH THOMPSON, *Auguste Comte. The Foundation of Sociology* (1976), trad. esp. *Augusto Comte. Los fundamentos de la sociología*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

(74) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., págs. 127 y 128.

(75) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 8.

Un desarrollo posterior en A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., págs. 103 y sigs. Véase sobre la cuestión J. GRANGE, *La philosophie d'Auguste Comte...*, ed. cit., págs. 231-243.

(76) J. RIEZU, *La concepción moral...*, ed. cit., págs. 93-116, 122-123.

es condición de salvación—. La moral de Comte carece de principios absolutos y es únicamente “un orden de circunstancias y condiciones sociales determinantes del orden moral”, en el que lo inmoral es lo “antisocial”, por lo que su relativismo solo puede establecer “una moral artificial y forzada” (77), que no es más que un remedo de la verdadera moral.

Su oposición a la religión católica fue, pues, patente, y no se contentó con el anuncio del ocaso y muerte del catolicismo, sino que pretendió sustituirlo por una nueva *religión* a la medida de su positivismo, una *religión* científica y demostrada: “mi construcción religiosa comienza por regenerar las concepciones científicas de donde surgió” (78). Su relación con Clotilde de Vaux y la idealización que hizo de ella una diosa —instalando en su casa un altar doméstico en su honor, constituido por el sillón en que se había sentado (79)—, motivó que escribiera: “en 1847 la nueva filosofía adquirió la dignidad final de una religión real y completa” (80); “la religión demostrada es, desde ahora, capaz de reemplazar, en todo, a la religión revelada, actualmente tan desprovista de poder efectivo como de eficacia política” (81). La nueva *religión* es “la religión de la Humanidad” —“compuesto de todos los individuos o grupos humanos pasados, presentes y futuros (...) con exclusión de aquellos que fueron un lastre para nuestra especie” (82)—, en la que ésta es el “Gran Ser”, del que Comte es el “Gran Sacerdote de la Humanidad” (83) y el sexo femenino, la mujer, la “principal personificación del auténtico Gran Ser” (84).

Es obvio que no hay nada de cristiano, pero tampoco nada de religión, en la *religión* de Comte: “esta filosofía, primero surgida de la ciencia, finalmente se eleva a la suprema dignidad de reli-

(77) J. RIEZU, *La concepción moral...*, ed. cit., págs. 108, 155 y 102.

(78) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, prólogo, pág. 5.

(79) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, Dedicatoria, pág. XVIII; H. GOUHIER, *La vie d'Auguste Comte*, ed. cit., págs. 274-275.

(80) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, prólogo, pág. 10.

(81) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, prólogo, pág. 19.

(82) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 411.

(83) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 19; *Appel aux conservateurs*, ed. cit., pág. 118; *Synthèse subjective* ..., ed. cit., tomo I, pág. 19.

(84) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, prólogo, págs. 19 y 21.

gión" (85). El desenlace final del positivismo comteano, al mismo tiempo filosofía natural o positiva, física social, filosofía política o sociología y moral universal, "se convierte, finalmente, en una verdadera religión" (86). Con ella, "al reino provisional de Dios, hay que sustituirlo, finalmente, por el reino irrevocable de la Humanidad" (87); "la gran concepción de la Humanidad elimina irrevocablemente la de Dios" (88) y "el amor a la Humanidad sustituirá al amor a Dios" (89). Sin embargo, Comte establecerá un remedo de las formas del catolicismo, pues "la religión demostrada que sustituye a la religión revelada tiene el dogma, el régimen y el culto" (90).

El ídolo establecido por Comte no puede ser ajeno al sistema positivo y, por tanto, tiene sus mismos caracteres: "El auténtico Gran Ser es, por su naturaleza, relativo y compuesto", y "exige un esfuerzo permanente para conservar la unión de los elementos separables que lo constituyen" (91). "La Humanidad está sujeta (...) a las leyes naturales que le son propias y sobre las que se basa dogmáticamente la religión final", o lo que es lo mismo, "el Gran Ser está sometido a las leyes comunes" (92). Dios es sustituido por la acción del ídolo, pues "es el Gran Ser el que produce, pero siempre por medio de órganos individuales" y "el más eminente de todos los seres, la Humanidad, es el más dependiente del mundo, pero, también, el que más lo modifica" (93).

Es, pues comprensible que en su sistema, Comte no solo rechace los derechos del hombre, sino también el derecho puro y simple. Porque para Comte solo cabe la ciencia de la sociología y

(85) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 405.

(86) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 354; *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 330.

(87) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, págs. 401-402.

(88) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 353; *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 329.

(89) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 380.

(90) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 402.

(91) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, págs. 408 y 417.

(92) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 412.

(93) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, págs. 421 y 440; ver *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., págs. 358-359.

no la jurídica, como comentaba Elías de Tejada (94), y porque, en su concepción, el derecho se opone a la idea de sociedad, a la que concibe como organismo, el cual no puede funcionar más que si todas sus partes constitutivas realizan sus deberes propios, cuyo resultado es una armonía general. Así, “la regeneración decisiva” propia del positivismo, “consiste, sobre todo —escribe Comte— en sustituir siempre los deberes a los derechos, para subordinar mejor la personalidad a la sociabilidad. La palabra *derecho* debe ser tan eliminada del verdadero lenguaje político como la palabra *causa* del verdadero lenguaje filosófico. De estas dos nociones teológico-metafísicas, una es, en adelante, inmoral y anárquica como la otra irracional y sofisticada” (95).

El derecho y, especialmente los derechos, han cumplido su función destructiva durante la etapa transitoria del segundo estado. Pero en el estado final no tienen razón de ser por disolventes: “Igualmente incompatibles con el estado final ellas [las palabras derecho y causa] eran convenientes, con los modernos, tan sólo durante la transición revolucionaria, por su acción disolvente sobre el sistema anterior. No pudieron existir derechos verdaderos mas que cuando los poderes regulares emanaban de voluntades sobrenaturales. Para luchar contra esas autoridades teocráticas, la metafísica de los últimos cinco siglos introdujo los pretendidos derechos humanos, que no tenían más que un papel negativo. Cuando se ha intentado darles un destino verdaderamente orgánico, manifestaron su naturaleza antisocial, tendiendo siempre a consagrar su individualidad. En el estado positivo, que ya no admite títulos celestiales, la idea de *derecho* desaparece irrevocablemente. Cada uno tiene deberes hacia todos; pero nadie tiene ningún derecho propiamente dicho. Las justas garantías individuales resultan únicamente de esta universal recíproca obligación, que reproduce el equivalente moral de los derechos anteriores, sin ofrecer sus graves peligros políticos. En otras palabras, nadie posee otro derecho que el de hacer siempre su deber” (96). En el siste-

(94) F. ELÍAS DE TEJADA, *Tratado de Filosofía del Derecho*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1977, tomo II, págs. 580-581.

(95) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 361.

(96) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 361.

ma de Comte el hombre concreto queda absorbido o diluido en la humanidad, pues como observa Jiménez Abad, “el individuo humano como tal, la persona, no tiene valor *de suyo* porque su existencia independiente no es posible” (97).

Esa armonía resultaría imposible si la política no estuviera sometida a la moral, tal como Comte las concibe: “lo que permite comprender cuan falsa a la par que inmoral es la noción de *derecho* propiamente dicha, es que supone siempre la individualidad absoluta. La subordinación real de la política a la moral surge directamente de que todos los hombres deben ser considerados, no como otros tantos *seres* separados, sino como los diversos *órganos* de un único Gran-Ser” (98).

En su afán reformador, revolucionario a su pesar, Comte estableció un nuevo calendario con trece meses de cuatro semanas cada uno, más un día adicional anual y otro los años bisiestos. Cada mes, cada semana y cada día estaba dedicado a una celebración especial. Este “panteón positivista” (99), cuenta con sus “dioses”, sus “héroes” y sus “santos”, correspondientes a las conmemoraciones mensuales, semanales y diarias (100). El objeto era el recuerdo de los antepasados que sirvieron a la humanidad y el olvido de los que la perjudicaron: “nada puede desarrollar mejor el amor universal, principio único de la regeneración final, que éstos hábitos, a la vez privados y públicos, de un continuo y respetuoso reconocimiento hacia los diversos servicios de todos nuestros predecesores”, con excepción de aquellos “que sólo destruyeron, sin construir nada”, por lo que “no están Lutero, Calvino o Rousseau” (101), exclusión que sentó muy mal a protestantes, deístas y escépticos (102); además, durante la primera media generación será necesario establecer en el día adicional bisiesto, el día de los malditos o excluidos, para “reprobación de los tres principales retrógrados: Juliano, Felipe II y Bonapar-

(97) A. JIMÉNEZ ABAD, *El concepto de hombre...*, ed. cit., pág. 515.

(98) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 363.

(99) A. COMTE, *Calendrier Positiviste ou Système Général de Commémoration Publique*, presentación de Patrick Tacussel, Fata Morgana, Fontfroide, 1993, pág. 18.

(100) A. COMTE, *Calendrier Positiviste...*, ed. cit., pág. 14.

(101) A. COMTE, *Calendrier Positiviste...*, ed. cit., págs. 12 y 17.

(102) A. COMTE, *Appel aux conservateurs*, ed. cit., pág. 116.

te” (103). Recuerdo de los antepasados que es a lo que se reduce la inmortalidad, a la existencia subjetiva en el recuerdo de los vivos (104). Recuerdo que se convierte en objeto de culto totalmente laico (105). En este aspecto, como indica Negro, “lo decisivo de la religión comteana es el culto, principal fuente de educación del pueblo” (106).

Para Comte, “la religión consiste en *reglar* cada naturaleza individual y en *reunir* todas las individualidades” (107) y “toda la moral se condensa en la ley *vivir para los demás*” (108). La fe consiste en creer en las leyes naturales y en “un orden inmutable al que están sometidos todo género de acontecimientos” (109); “la fórmula sagrada del positivismo: el amor por principio, el orden por base y el progreso como fin” (110); progreso que no es más que “el desarrollo del orden” (111). Comte estableció un régimen “sacerdotal” y nueve “sacramentos” sociales: presentación, iniciación, admisión, destinación, matrimonio, madurez, retiro, transformación y, para siete años después de la muerte, incorporación (112). La necesidad de una “regeneración intelectual y moral”, otra de sus ideas recurrentes (113), para terminar con la “anarquía intelectual”, dará paso a “un poder espiritual” que abar-

(103) A. COMTE, *Calendrier Positiviste...*, ed. cit., pág. 35; Con anterioridad iba a ser un día al año, correspondiente al 5 de mayo, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 138.

(104) A. COMTE, *Catéchisme Positiviste ou sommaire exposition de la religion universelle*, París, INALE, 1961, pág. 71.

(105) Véase sobre la cuestión, Jean-François BRAUNSTEIN, “La religion des mortsvivants. Le culte des morts chez Auguste Comte”, *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques*, Vrin, París, 2003, tomo 87, págs. 59-72.

(106) Dalmacio NEGRO PAVÓN, *Comte: positivismo y revolución*, prólogo de Enrique Martín López, Cincel, Madrid, 1985, pág. 201.

(107) A. COMTE, *Catéchisme Positiviste*, ed. cit., pág. 42.

(108) A. COMTE, *Catéchisme Positiviste*, ed. cit., pág. 50.

(109) A. COMTE, *Catéchisme Positiviste*, ed. cit., págs. 52 y 53.

(110) A. COMTE, *Catéchisme Positiviste*, ed. cit., pág. 58.

(111) A. COMTE, *Catéchisme Positiviste*, ed. cit., pág. 138.

(112) A. COMTE, *Catéchisme Positiviste*, ed. cit., págs. 213 y 219.

(113) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., págs. 117, 120, 163, *passim*.

que a todas las instituciones políticas nacionales (114). Para Comte, “toda reorganización política es necesariamente imposible sin una reconstrucción previa de las opiniones y de las costumbres”, en la que el proyecto educativo comteano (115) desempeña un papel determinante: “una misma educación suministrará, por doquier, tanto a la vida pública como a la privada, principios fijos de juicio y de conducta”, que “conducirá a la élite de la humanidad al advenimiento decisivo de un verdadero poder espiritual” (116). Poder espiritual (117) que ejercerán los “nuevos filósofos”, es decir, “los sacerdotes de la Humanidad” (118), en alianza con los proletarios, que serán sus auxiliares (119), y con las mujeres, ya que la mujer “es la mejor personificación de la Humanidad” (120). Raymond Aron, para el que en el pensamiento de Comte no hay fractura alguna ni oposición entre una primera fase objetiva y otra, posterior, subjetiva, sino continuidad, su filosofía “tendía, sobre todo, a una reforma de la organización temporal por el poder espiritual, que debía ser elaborado por los sabios y los filósofos, sustitutos de los sacerdotes” (121).

Nada hay de sobrenatural, ni incluso de verdaderamente espiritual, en esta fantasía comteana que alcanzaría su apogeo unos años más tarde. En efecto, en su última obra, la *Synthèse subjective*, estableció “la trinidad positivista” (122), en la que junto a la Humanidad, son objeto de culto y adoración la Tierra y el Espacio, llamados Gran Fetiche y Gran Medio (123): “el culto consiste, sobre todo, en la adoración de la Tierra y del Cielo, que

(114) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 121.

(115) Sobre la identificación entre moral y educación, A. JIMÉNEZ ABAD, *El concepto de hombre...*, ed. cit., págs. 129, 247, 376 y sigs. y *passim*.

(116) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 44.

(117) Véase J. M. PETIT SULLA, *Filosofía, política y...*, ed. cit., págs. 99-112.

(118) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 355.

(119) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., págs. 164 y 180.

(120) A. COMTE, *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 288.

(121) Raymons ARON, *Les étapes de la pensée sociologique*. Montesquieu. Comte. Marx. Tocqueville. Durkheim. Pareto. Weber, Gallimard, París, 1967, pág. 94.

(122) A. COMTE, *Synthèse subjective ou Systeme Universel des conceptions propres a l'état normal de l'Humanité*, Anthropros, París, 1971, tomo I, pág. 34.

(123) A. COMTE, *Synthèse subjective...*, ed. cit., tomo I, págs. 14, 18, 23, 24, 37, 51-54.

representan el Gran Fetiche y el Gran Medio que el positivismo asocia al Gran Ser" (124); "una justa adoración de la Tierra, erigida en Gran Fetiche, sede y sostén del Gran Ser" (125), y "el culto del Espacio completa el de la Tierra", donde merecen especial atención el Sol y la Luna (126). Su "antiteísmo radical" (127) hizo de él un filósofo absolutamente subversivo por llamar religión a lo que era una invención humana y porque no se contentó con prescindir de Dios, sino que se propuso sustituirlo por la humanidad.

Del conjunto de los errores filosóficos comteanos, el mayor, pues subyace en los demás, es como se ha indicado con frecuencia, haber querido convertir la ciencia en filosofía, cayendo en un "dogmatismo positivista" al postular que sólo cabe el conocimiento de los fenómenos sensibles y que es imposible conocer la naturaleza de los seres y sus causas (128), que tuvo su origen en el relativismo (129) que profesó desde su juventud, puesto que "la única cosa absoluta es que todo es relativo" (130). Así, se produce una de las paradojas de la doctrina comteana, recordada por Gilson: que siendo una filosofía del cambio culmina en una estabilidad eterna y que intentando describir el desarrollo progresivo del espíritu, pone brusco fin a la Historia, consecuencia de que de su fórmula expresiva de un relativismo absoluto, excluyó al positivismo (131). La explicación de Zubiri conforme a la cual no hay

(124) A. COMTE, *Synthèse subjective...*, ed. cit., tomo I, pág. 23.

(125) A. COMTE, *Synthèse subjective...*, ed. cit., tomo I, pág. 14.

(126) A. COMTE, *Synthèse subjective...*, ed. cit., tomo I, págs. 37 y 24.

(127) A. JIMÉNEZ ABAD, *El concepto de hombre...*, ed. cit., págs. 291-296.

(128) Teófilo URDANOZ, O.P., *Historia de la Filosofía*, BAC, Madrid, 1975, pág. 215.

(129) La exposición de Zubiri sobre el relativismo de Comte, según la cual se trata más bien de un *relacionismo* y que opone a la percepción subjetiva (Xavier ZUBIRI, *Cinco lecciones de filosofía*, Alianza, Madrid, 2002, págs. 132-133), supera lo meramente expositivo y es una explicación interpretativa que va más allá de lo que Comte expuso, en modo alguno contenido en su pensamiento, pues con el relativismo Comte se refería a la negación de lo absoluto, al objeto y no al sujeto y su modo de percepción. Conde, que se ocupó de Comte siguiendo a Zubiri, también lo hizo en esto (Francisco Javier CONDE, *Escritos y fragmentos políticos*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1974, vol. II, pág. 237).

(130) H. GOUIER, *La vie d'Auguste Comte*, ed. cit., pág. 91; *La jeunesse d'Auguste Comte et la formation du positivisme*, tomo III, *Auguste Comte et Saint-Simon*, Librairie Philosophique J. Vrin, París, 2ª ed. 1970, págs. 183-189.

(131) Etienne GILSON, *The unity of philosophical experience*, trad. esp., *La unidad de la experiencia filosófica*, Rialp, 5ª ed., Madrid, 2004, págs. 238 y 239.

contradicción en Comte entre el progreso de la ley de los tres estados y el estado positivo como definitivo, porque “este estado se halla sometido a la misma condición de «progreso» de todos los estados, sólo que se trata ahora de un progreso interno a este «orden» [el positivo]” (132), no salva, verdaderamente, la contradicción, pues se soslaya el problema introduciendo un *hecho* nuevo y diferente como es el progreso *interno* del orden positivo.

Se comprende, pues, que su método, como ha indicado Vallet de Goytisolo entre nosotros, no sea válido para determinar leyes que afecten al comportamiento humano, dada la ausencia de axiología y teleología (133); o, como advirtió Elías de Tejada, la imposibilidad de establecer leyes universales sacadas de las relaciones de los hechos entre sí, pues éstos, por su propia naturaleza son mudadizos (134).

Tras su muerte, la *religión* positivista continuó en el grupo de los positivistas *ortodoxos* a cuya cabeza figurará Pierre Laffitte, distinguiéndose del positivismo más conocido y difundido de Littré (135). La mayor influencia del positivismo, tanto de la rama ortodoxa como de la heterodoxa, se produjo en la ideología de la III República (136), a través, sobre todo, pero en absoluto únicamente, con el mismo Littré, con Gambetta y con Ferry (137). Prescindiendo de la *secta*, que pervivió infimamente, sobre todo en algunas familias, como la de Robinet, hasta su crepúsculo final entre las dos guerras (138), Comte, como después de él, Renan o Taine, ejerció influencia a derecha y a izquierda, al tiempo que fue

(132) X. ZUBIRI, *Cinco lecciones de filosofía*, ed. cit., pág. 120.

(133) Juan VALLET DE GOYTISOLO, *Metodología de la ciencia expositiva y explicativa del derecho. I La ciencia del derecho a lo largo de la historia*, Fundación Cultural del Notariado, Madrid, 2000, pág. 586.

(134) F. ELÍAS DE TEJADA, *Tratado de Filosofía del Derecho*, ed. cit., tomo I, pág. 347.

(135) Annie PETIT, “Les disciples de la religion positiviste”, *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques*, Vrin, París, 2003, tomo 87, págs. 75-99.

(136) Laurent FEDI, “Lien social et religion positiviste chez les penseurs de la Troisième République”, *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques*, Vrin, París, 2003, tomo 87, págs. 127-150.

(137) Véase Claude NICOLET, *L'idée républicaine en France (1789-1924)*, (1982), Gallimard, París, 2001, págs. 187-244.

(138) Véase Jean Claude WARTELLE, *L'héritage d'Auguste Comte. Histoire de «l'eglise positiviste» (1849-1946)*, L'Harmattan, París, 2001, págs. 123-345.

también, combatido o defendido por unos u otros, e, incluso, fue utilizado, por un converso Brunetière (139), con la pretensión de defender al catolicismo. Sin que hayan faltado los que, como Arnaud, estiman tan erróneo considerarle maestro de la contrarrevolución como del radicalismo, pues tanto los partidistas de la derecha como de la izquierda, han despedazado y mutilado el pensamiento del que no fue otra cosa que un conservador peculiar (140), lo que se podría considerar como un conservador progresista. Para otros, como Riezu, lo que le caracteriza es haber sido “un reaccionario antitradicionalista” (141).

Maurras se defendió del reproche de haber seguido el magisterio de Comte indicando que tomó de él lo que tenía de bueno y válido, sin que ello supusiera peligro o demérito para los católicos: su crítica a las modernas formas de anarquía, al protestantismo, al individualismo, a la Revolución o a la democracia moderna; la defensa de la patria, de la jerarquía, la autoridad y el orden; el rechazo del subjetivismo moral y del idealismo (142). Si es indudable que una lectura corregida de Comte puede proporcionar alguna buena idea, especialmente por lo que se refiere a tener siempre presente la realidad (aunque no al modo comteano), no es menos cierto que su rechazo de la metafísica no se limitó a la filosofía moderna, como erróneamente arguyó Maurras, sino a toda metafísica, hasta el punto que, Faguet, pudo escribir que “la guerra a la metafísica era, a la vez, el objetivo de Comte y de su método” (143); y su empirismo llevaba el fruto envenenado de creer que las ciencias sociales se regían por los mismos cánones que las

(139) Thomas LOUE, “L’apologétique de Ferdinand Brunetière et le positivisme: un bricolage idéologique «généreux et accueillant»”, *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques*, Vrin, París, 2003, tomo 87, págs. 101-126.

(140) P. ARNAUD, “Presentation”, ed. cit., págs. 39-43.

(141) J. RIEZU, *La concepción moral...*, ed. cit., pág. 37.

(142) Charles MAURRAS, *La démocratie religieuse*, introducción de Jean Madiran e índice biográfico de Jacques Vier, Nouvelles Éditions Latines, París, 1978, págs. 505-507; *Dictionnaire Politique et Critique*, A la Cité Des Livres, París, 1932, tomo I, págs. 289-293; con menor claridad en “Auguste Comte” en *Romantisme et Revolution*, Nouvelle Librairie Nationale, París, 1922, págs. 91-127.

(143) E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle*, Segunda serie, Société Française d’Imprimerie et de Librairie, 5ª ed., París, 1903, pág. 316.

ciencias de la naturaleza, aunque Comte no fuera siempre fiel a este "principio".

Es cierto, como vimos, que Comte tuvo cierto aprecio histórico por el catolicismo, al que, además de lo ya indicado, alabó, entre otras cosas, por la distinción entre el poder espiritual y el poder temporal (144), por su eficacia civilizadora (145), por la supresión de las revelaciones privadas (146), por haber transformado la esclavitud en servidumbre, por haber establecido la estructura feudal y una moral universal, así como por su contribución al desarrollo intelectual (147); también manifestó su estima por el Papa y el celibato sacerdotal, por el sacramento de la confesión y por la dirección de la moral y de las costumbres (148). Pero no paso de ser un juicio retrospectivo y en cuanto todo ello expresaba la idea y la realidad de un orden y de una organización, otra idea recurrente en su pensamiento: lo que admira en el catolicismo es, únicamente, la organización. Quizá por su orgullo intelectual fue incapaz de ver otra cosa en el catolicismo y no dio el paso que le hubiera permitido volver a la fe de su infancia.

Dalmacio Negro ha subrayado que "se trata, *in the long run*, de la más hondamente revolucionaria de las doctrinas polarizadas en torno a 1848; *in the short run* y en intención es eminentemente contrarrevolucionaria"; y añade: "El positivismo a largo plazo es revolucionario; a medio plazo, reformista; a corto plazo, anti-revolucionario" (149). Quizá, por tal motivo, su influencia a izquierda y derecha. Pero si aisladamente algunas de sus ideas —sobre todo de sus rechazos— pueden considerarse contrarias a la revolución, en cuanto conjunto, doctrina general, "filosofía" o sistema, es únicamente revolucionario, no contentándose con prescindir de Dios, sino que intentó su sustitución por la Humanidad.

(144) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo V, pág. 258.

(145) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo V, pág. 321.

(146) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo V, pág. 282.

(147) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo V, págs. 323-326, 331-359, 365-376.

(148) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo V, págs. 282, 283, 297-299, 303.

(149) D. NEGRO PAVÓN, *Comte...*, ed. cit., págs. 209 y 210.

También Comte manifestó sentirse llamado, mejor dicho, impulsado, a una tarea de regeneración universal que, primeramente, llevó a cabo con su colaboración con Saint Simon. La declaración de obrar conforme “a mi misión social”, “a mi misión” o “a mi gran misión”, reiterada en pocas páginas (150) y en varias obras (151), y a “mi misión religiosa” o a “mi misión excepcional” (152), ilustra sobre la singularidad del encargo: “Cumplida la preparación enciclopédica necesaria”, ello “permitió a mi ardor renovador empujarme hacia la construcción directa de la doctrina destinada a terminar la inmensa revolución occidental”. Desde 1826 había dedicado “el conjunto de mi vida a fundar una autoridad teórica verdaderamente digna de dirigir la completa regeneración de las opiniones y las costumbres, reemplazando, definitivamente, el monoteísmo agotado” (153); y con anterioridad, escribió: “La operación filosófica a la que me he atrevido (...) trata de crear un orden completo de concepciones científicas que ningún filósofo anterior, no sólo no esbozó, sino que, incluso su posibilidad, jamás ha sido netamente entrevista” (154). No sólo eso: “sobre la base incommovible de la positividad racional había que construir la nueva fe occidental e instituir el sacerdocio definitivo (...) y la verdadera religión” (155). Al asumir tal empresa, cre o así lo dice, que no hace otra cosa que responder a “la incomparable misión que me asignó el conjunto de la evolución humana” (156), o, como dirá en otro lugar, “el conjunto del pasado, sobre todo el francés, me asignó una misión social” (157). ¿Orgullo? “Fundador de la religión universal, he tomado, definitivamente, hacia el conjunto de mis predecesores, una actitud de juez, ya caracteriza-

(150) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, prólogo, pág. 2; Dedicatoria, págs. VIII y XX.

(151) A. COMTE, *Appel aux conservateurs*, ed. cit., págs. IX, 4, 9; *Discours sur l'ensemble du positivisme*, ed. cit., pág. 39.

(152) A. COMTE, *Synthèse subjective...*, ed. cit., tomo I, págs. XV y XXVII.

(153) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, prólogo, pág. 2.

(154) A. COMTE, *Cours...*, ed. cit., tomo IV, pág. 2.

(155) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, prólogo, pág. 3.

(156) A. COMTE, *Système...*, ed. cit., tomo I, pág. 3.

(157) A. COMTE, *Synthèse subjective...*, ed. cit., tomo I, pág. XXIX.

da por mi construcción del calendario histórico” (158). Aron, al explicar que Comte creía poseer la solución del problema social, indica, irónicamente, que “la modestia, no era, ciertamente, su cualidad dominante” (159). De extremadamente orgulloso le calificó Faguet (160) y Tacussel comenta que, al establecer el calendario positivista, “ambicionaba actuar sobre la continuidad histórica de la temporalidad, poner su sello personal sobre la herencia de la alta pirámide de los progresos de la humanidad” (161). Wartelle ha destacado que se trató de un personaje “dotado de un enorme ego cada vez más avasallador”, que, “consciente de su gran valor intelectual, seguro de ser homenajeado en el futuro, el filósofo convertido en jefe religioso, examinaba complacidamente las peripecias del destino que se había forjado y disfrutaba con los cumplidos y adulaciones de sus discípulos” (162). Y Jiménez Abad entiende que se sintió “maestro y pastor de sus semejantes y por lo tanto protagonista de una empresa decisiva que ya no es la suya, sino la epopeya de la humanidad que avanza, entre las coordenadas del tiempo y del espacio, más allá de los confines que separan la vida de la muerte” (163).

(158) A. COMTE, *Synthèse subjective...*, ed. cit., tomo I, pág. XVII.

(159) A. ARON, *Les étapes de la pensée sociologique...*, ed. cit., pág. 116.

(160) E. FAGUET, *Politiques et moralistes...*, Segunda serie, ed. cit., págs. 282, 283, 284, 285, 288.

(161) P. TACCUSEL, “Auguste Comte, l’oeuvre vécue”, en A. COMTE, *Calendrier Positiviste...*, ed. cit., pág. 50.

(162) J. C. WARTELLE, *L’heritage...*, ed. cit., pág. 373.

(163) A. JIMÉNEZ ABAD, *El concepto de hombre...*, ed. cit., pág. 102.